

gio, se arrojó á los piés de Jesús, diciéndole : «*Señor, aléjate de mí, porque soy un pecador.*» Pedro y sus compañeros estaban verdaderamente atónitos del suceso tan extraordinario, y Jesús, para tranquilizarles, dijo á todos en la persona de Simón: «*No temáis; en adelante seréis pescadores de hombres.*» Al momento que llegaron á la orilla abandonaron todo, y con gran resolución siguieron á Jesús.

La Iglesia fué profetizada, y así se fundó por su divino Autor.

Los Apóstoles eran personas habituadas al trabajo, vivían de la obra de sus manos y no de ganancias inicuas y mal adquiridas, y esa misma honradez les hizo dignos de su vocación. Eran sencillos y sin letras; la ciencia les sería concedida más tarde, pero desde luégo es necesario que la fe sea un efecto del poder divino y no de la elocuencia humana; obedecen al punto de ser llamados; los hijos del Zebedeo dejan á su padre, y nada les detiene para seguir á Jesucristo. Había allí dos barcas, y aquella en que Jesucristo entró para enseñar es la de Pedro, y en ella se pronuncian las palabras que engendran la fe; desde ella enseña Jesús á la multitud, y desde ella también enseñará á todas las naciones de la tierra. La barca se alejó un poco de la orilla, y eso quiere significar que es preciso predicar á los pueblos con prudencia y moderación, para que ni se apeguen á las cosas de la tierra, ni tampoco sean impelidos demasiado hacia las regiones del misterio; y que asimismo conviene condescen-

der prudentemente con la debilidad de todos, para atraer á la paz á los hombres que navegan entre la inconstancia de las cosas amargas y mutables de esta vida.

NICODEMUS, LA SAMARITANA

Después de haber pasado algunos días en Cafarnaum, fué Jesús á Jerusalén, donde hizo otros milagros y celebró la Pascua. Allí vió que la costumbre y descuido de los sacerdotes habían dejado y permitido que unos mercaderes se pusiesen á vender sus géneros bajo el pórtico del Templo, y les arrojó de allí, diciéndoles : «*Vosotros convertís la casa de mi Padre en una cueva de ladrones.*» Más tarde se acordó que estaba escrito : «*El celo de tu casa me devora.*» Los mercaderes no le resistieron, aunque sólo llevaba en su mano unos cordeles para defenderse, ni tampoco invocaron la condescendencia con que los sacerdotes habían tolerado su tráfico, obrando así porque sin duda les llenó de temor la indignación que se veía en el semblante de Jesús y su misma majestad. Mientras tanto algunos de entre los doctores de la ley le preguntaron con qué derecho obraba de esa manera, requiriéndole é intimándole que hiciera un milagro para probarles su misión, á lo que Jesucristo contestó : «*Destruid este Templo, y yo le volveré á levantar en tres días.*» Cuyas palabras creyeron los doctores que se referían al Templo material, de donde Él había arrojado los traficantes, de

cuyo Templo sería bien pronto profetizada la ruina y la imposibilidad de reedificarle jamás; pero Jesús les hablaba del templo de su propio cuerpo, donde habitaba la plenitud de la divinidad,

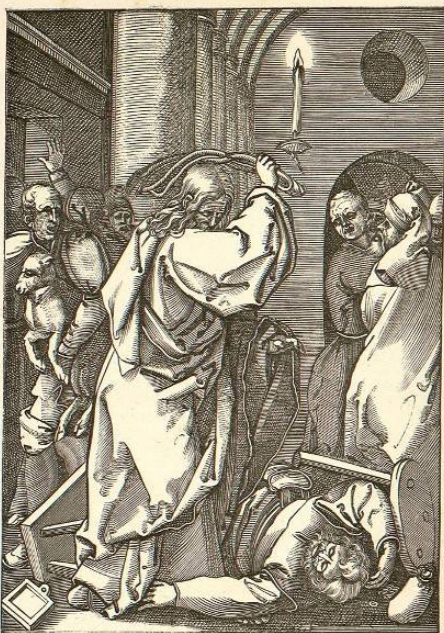


Lámina 30.—Jesús arroja del Templo los traficantes, diciendo: « Vosotros hacéis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones. »—Grabado de Alberto Dürero, que se conserva en la biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot. Siglo XVI.

y de su milagrosa resurrección, que había de tener lugar tres días después de su muerte, porque el Mesías era el templo vivo de Dios, y en esa creencia estaban los mismos judíos, por lo

cual muchos de entre ellos creyeron que el Mesías nacería en la época que los romanos destruyesen el Templo. Según San Marcos, Jesús pronunció estas palabras el día en que cada uno debía comprar el Cordero pascual, y, según cálculo de algunos historiadores, en el mismo día, después de tres años, tuvo lugar el milagro de la gloriosa resurrección.

Cuando es preguntado por la incredulidad ó por la vana curiosidad del orgullo, ordinariamente sus respuestas son enigmáticas, mientras que contesta con claridad á los sencillos de corazón y les concede las gracias que le piden. Cualquiera que sea la palabra que pronuncien los labios, Él se fija en la palabra interior; y á veces los mismos que nada dicen y que callan oyen que ha respondido á sus pensamientos; conoce á fondo y perfectamente todos los hombres, y acomoda con misericordia sus discursos y enseñanza á la capacidad de su inteligencia y de su fe, no imponiéndoles ni enseñándoles más que lo que en la actualidad puedan soportar con sus fuerzas; muchos venían á Él todavía asombrados de sus milagros, y les recibía por más ó menos tiempo ó les despedía, y llamaba aún á los que no se le ofrecían ni presentaban. El publicano Levi estaba ocupado en su oficina y despacho de hacienda pública, y Jesús pasó por allí y le dijo: «*Sígueme;*» y el publicano se levantó al instante, deja su oficina, como Pedro y Juan habían dejado sus redes, y se convierte en el apóstol Mateo. Algún tiempo después se le presenta un doctor de la ley y le dice: «*Maestro, yo os seguiré*

á cualquiera lugar que vayáis.» Y viendo Jesús el corazón de este sabio, le responde: «*Las zorras tienen sus madrigueras y las aves sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene en dónde reclinar su cabeza.*» Y entonces el sabio se retiró, porque él no se proponía más que adelantar en la ciencia, y para él no tenía interés alguno el trabajo de conocer y comprender el Evangelio, ni el propagarle con desinterés y sufriendo contradicciones. Ese doctor era el tipo de esos ladronzuelos que intentan introducirse en la Iglesia para usurparla conocimientos y luces de los que después no han de servirse más que para provecho de ellos mismos. Por el contrario, otro fué llamado y pidió una tregua hasta que hubiese cerrado los ojos de su padre, y Jesús le respondió: «*Deja que los muertos entierren á sus muertos, y tú anda y anuncia el reino de Dios.*» Luégo enseñaba que el primer deber hacia los hombres era el predicarles el Evangelio, porque el Padre celestial tiene necesidad de que abandonen y lo dejen todo por obedecer á la voz de Dios. Esa es y será siempre la respuesta eterna que puede darse á los lamentos y quejas de la falsa caridad; y nótese que Jesús no impone una carga que Él rehuse llevar, pues con su ejemplo acredita que no esperará en el mundo para cerrar los ojos de su Madre.

Había en Jerusalén, entre los que vinieron allí desde el principio, un senador llamado Nicodemus, que llegó por la noche, y tenía un corazón recto, pero lleno de temor y cobardía.

Temía á los judíos y al mismo tiempo su cólera, ya manifiesta, y sus burlas hacia los que seguían á Jesús. Después le encontraremos en el Calvario con más valor. Jesús le declaró implícitamente su divinidad, y en el discurso que le dirigió le descubrió el magnífico plan del Cristianismo, dándole noticia de su muerte sobre la cruz y pronunciando estas palabras, que son la razón fundamental y adorable de la Encarnación: «*De tal manera ha amado Dios al mundo, que le ha dado su Hijo único.*» Después quita la máscara á la incredulidad diciendo: «*La luz ha venido al mundo, y los hombres han preferido las tinieblas; pero es porque sus obras son malas, y es evidente que todo el que obra mal aborrece la luz.*» Ahí está ya el juicio anunciado para el último día.

Después de haber acogido Jesús con tanta bondad al tímido judío, va Él mismo á encontrarse con los samaritanos.

Eran éstos los que constituían la provincia formada de los diferentes pueblos establecidos por los asirios, y ellos decían descender de la raza de Abraham, y admitían y creían los libros de Moisés, pero mezclándolos con muchas cosas que conservaban ellos de su idolatría. Entre los judíos eran reputados como extranjeros, y se aborrecían recíprocamente, estando siempre muy divididos. La Sinagoga prohibía todo trato y relación con los cismáticos, ménos para los contratos de compra y venta; pero Jesús, yendo hacia ellos, se hizo bien pronto superior á sus enemistades nacionales y políticas, como lo estaría después

sobre las prescripciones farisaicas respecto á la observancia del sábado; y ésta fué la primera misión que cumplió Jesús públicamente.

Atravesando, pues, el territorio de Samaria para llegar á Galilea, y encontrándose á las puertas de una villa llamada Si-

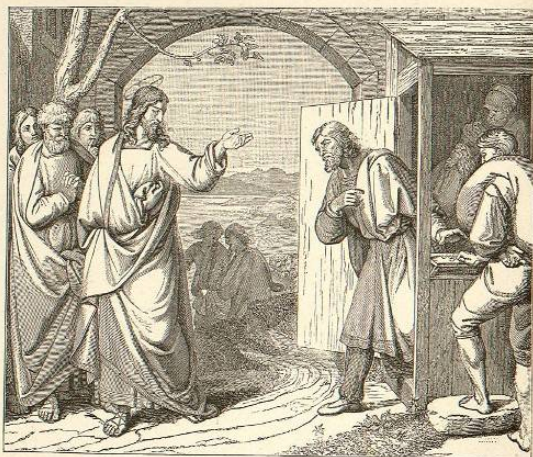


Lámina 40.—Vocación de Levi : cuando Jesús pasaba vió á Levi que estaba sentado en la oficina de las contribuciones, y le dijo: «Sígueme.» El publicano se levantó al momento y le siguió.
—Overbeck, Evangelio ilustrado; París, Schulgen.

quem, Jesús se detuvo y se sentó allí, porque estaba fatigado del camino. El camino, dice San Agustín, era la carne que Él había tomado para unirse á la humanidad, y la fatiga que Él quiso experimentar nos da á comprender el trabajo de su apóstolado. Sus discípulos habían entrado en la ciudad á fin de

comprar provisiones para comer, porque Él había dejado los cuidados de la vida hasta tal punto, que habitualmente no llevaba consigo provisión alguna. Una vez hizo mención de un pan que había para toda la multitud, y del cual se habían olvidado los discípulos.

Siquem, pues, no era un lugar sin recuerdos, pues Abraham, al volver de la Mesopotamia, había levantado allí un altar, y Dios le hizo conocer que aquel lugar le pertenecería; y allí también fué donde Simeón y Leví, hijos de Jacob, habían matado un gran número de amorreos para vengar la ofensa hecha á su hermana Dina. Jacob, que había comprado allí una tierra para un rebaño de cien carneros, se la dió en herencia á José, y él había hecho allí un pozo que todavía se llamaba el pozo de Jacob. De este modo, en tierra extranjera, Jesús, Hijo de Dios y de los Patriarcas, se hallaba por doble título en terreno propio; y vino allí para revelar al verdadero Dios, para llevar el perdón en lugar de la venganza y para abrir las fuentes de verdaderas aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

Mientras que Jesús se quedó solo y estaba descansando sobre el brocal del pozo de Jacob, vino una mujer de Siquem para coger agua, la cual era de malas costumbres y gozaba de mala reputación. Cuando Jesús se sentó junto al pozo era la hora sexta, ó sea al medio día: el sol material, llegado ya á su mayor altura, principiaba á descender, en el mismo momento en que se levantaba el hermoso sol profetizado por Zacarías:

Oriente verdadero para esclarecer á los que habitan entre las tinieblas de la muerte y para dirigir sus pasos por el camino de la paz. La hora sexta será además la más próxima al sacrificio en que el Salvador, ensangrentado y lleno de llagas, acostándose sobre la cruz, descansa de sus fatigas, y entonces saltarán de sus mismas llagas las fuentes de eterna salud.

Mirando Jesús á la Samaritana, la dijo: «*Dame de beber.*» Recuérdese que sobre el Calvario también dirá el Salvador: «*Sed tengo,*» y así se conocerá que es la misma sed á la que se refiere las dos veces, si bien la mujer extranjera no lo podía saber, y por esa causa respondió con un acento burlesco, que era ordinario á las de su clase: «*¿Cómo tú, siendo judío, me pides que te dé de beber á mí, que soy mujer samaritana?*» Es de advertir que era tal la separación que había entre esos dos pueblos, que los judíos rehusaban servirse hasta de los vasos que perteneciesen á los samaritanos.

Jesús replicó con edificante mansedumbre: «*Si tú supieras lo que es el don de Dios, y quién es el que ahora te dice: Dame de beber, quizá tú le hubieras pedido eso mismo y él te hubiera dado agua viva.*»

La Samaritana, burlándose todavía, pero asombrada y más respetuosa, le contestó: «*Señor, vos no tenéis con qué sacar el agua, y el pozo es muy profundo. ¿De dónde, pues, tenéis vos el agua viva?*» Ella no conocía otra agua viva que aquella que apaga la sed del cuerpo; y, aunque bajo una impresión de res-

peto, ella trata con ligereza al extranjero que habla de darle agua, mientras que ella tenía con qué beber. Ese será por mucho tiempo el orgulloso lenguaje del racionalismo.

Entonces Jesús la dijo: «*Todo el que bebe de esta agua tiene todavía sed; pero aquel que beba del agua que yo le diere no sentirá jamás sed, porque el agua que yo le daré vendrá á ser en él una fuente que saltará hasta la vida eterna.*» El agua del pozo es la concupiscencia que habita en profundidades tenebrosas, y, por tanto, aquel que participa de la voluptuosidad de este mundo, y el que bebe de esta agua, por necesidad sentirá todavía sed, porque el corazón humano, criado por Dios y para Dios, no puede saciarse con los placeres de la tierra. Por el contrario, el agua viva de que Jesús habla es el Espíritu Santo, que llena todos los deseos del alma, eleva al hombre á la vida eterna, y es el principio divino de su resurrección; y por eso aquel que tenga esta hermosa fuente de amor en su interior no puede sentir sed.

La Samaritana no comprendía esto y seguía preocupada de la sed corporal; pero, sin embargo, mostrándose cada vez más respetuosa hacia Jesús, le dijo: «*Señor, dadme de esta agua, á fin de que yo no sienta más la sed, ni tenga necesidad de venir más aquí.*» Ella habitaba en el país en donde el gran profeta Elías, entre otros prodigios, había hecho el de vivir cuarenta días sin beber y sin comer, y, acordándose de esa historia, creyó que aquel que la hablaba podía comunicarla el secreto

de Elías; pero Jesús la quería hacer una merced mucho más preciosa, y al efecto la dijo: «*Vé á llamar á tu marido y vuelve.*»

Quizá por la primera vez en toda su vida, como puede deducirse de lo que se dirá después, temió á un mismo tiempo esta mujer el mentir y ser sincera, y respondió: «*Yo no tengo marido.*» Y Jesús la dijo: «*Tú tienes razón para decir que no tienes marido, porque has tenido ya cinco, y aquel con quien ahora vives no es marido tuyo.*» Despedida sucesivamente por cinco amantes, la pecadora vivía desordenadamente con un adúltero. En sentido místico, un Padre de la Iglesia interpreta por los cinco esposos los cinco sentidos y la dominación de la carne que pesa sobre todo hombre, antes que pueda servirse de su corazón. El error sigue la pasión de los sentidos, y esta pasión no es el marido ni el guía legítimo, sino el amante adúltero. Desechad, pues, este error, alejaos de este adúltero que os corrompe, y haced un llamamiento á vuestra inteligencia para comprender la verdad.

Este último esfuerzo fué el que por fin hizo la Samaritana, la que, inclinándose delante de la luz que la alumbraba, confesó su pecado, diciendo: «*Señor, yo veo bien claramente que vos sois un profeta.*» Y al momento, dejando aparte toda pregunta y cuestión de interés temporal, pidió mayores luces, y propuso abiertamente el punto de doctrina que tenía divididos á los samaritanos y judíos. En medio de sus pecados, esta mujer no

había descuidado el pensar algunas veces sobre su salvación, y eso lo sabía el Hijo de Dios, á quien ella dijo: «*Nuestros padres han adorado á Dios sobre esta montaña, y vosotros, los judíos, decís que Ferusalén es el lugar en donde es necesario adorarle.*»

Jesús, sin responder directamente á ese punto, porque en lo sucesivo no tendría importancia alguna, ni para los samaritanos ni para los judíos, le planteó en región más elevada de la que ella intenta subir: «*Mujer, la dijo, créeme, ha de venir el tiempo en que vosotros no adoraréis más al Padre ni sobre esta montaña, ni en Ferusalén* (pues sabía bien Jesús que los sacrificios, así de los samaritanos como de los judíos, serían abolidos); *y por lo que á tí toca, estás adorando lo que no conoces, mientras nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud ha de salir de entre los judíos. Empero es llegada la hora en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los verdaderos adoradores que desea el Padre, pues, siendo Dios espíritu, es necesario que los que le adoran lo hagan en espíritu y en verdad.*»

Estas palabras tan terminantes de Jesús echan por tierra completamente las figuras de los judíos al mismo tiempo que los ídolos de los samaritanos, puesto que los unos y los otros descuidaban el alma mientras se ocupaban sobremanera de purificar el cuerpo. Jesucristo declara que Dios, que es espíritu, se da por muy honrado con la pureza de que quería Él hacer-

nos participantes, cual es la pureza de la inteligencia, que Él denomina espíritu. Así la Iglesia Católica le adora en espíritu, porque ella le ofrece una víctima espiritual; y le adora en verdad, porque su sacrificio no es solamente figurativo y una mera representación, sino que es la realidad y el cumplimiento de los



Lámina 41.—Jesús y la Samaritana. «Si tú supieras, la dice Jesús, lo que es el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, quizá tú misma lo hubieras pedido, y él te hubiera dado agua viva.»—Cuadro de Felipe de Campaña, grabado por Edelinck, perteneciente al siglo XVII.

sacrificios de la Ley antigua y de todo lo que sus signos y figuras representaban y anunciaban.

La Samaritana dice á Jesús: «Yo sé que debe venir el Mesías, que se llama Cristo, y que, cuando Él venga, nos enseñará todas las cosas.» Era bastante á los samaritanos el creer

en los cinco libros de Moisés para poder esperar el Mesías, pues su venida estaba ya sobremanera predicha, y el Cristo era el objeto que llenaba todas las Escrituras de la Ley antigua.

Jesús contestó: «*El Mesías que tú esperas te está hablando en este instante: Yo soy.*» Ahí el Hijo de Dios se manifiesta al corazón sencillo y humilde que ha confesado su flaqueza y miseria. Los judíos oirán solamente de los labios de Jesús cuando esté en la cruz esa palabra clara y augusta, pronunciada para contestar á la pregunta que habían de hacerle, no para creer en Él, sino para insultarle y negarle.

Mientras tanto volvieron de la ciudad los discípulos de Jesús, y se asombraron de encontrar á su divino Maestro hablando con esta mujer extranjera, lo cual constituía ante los judíos una transgresión de la Ley y también una censurable condescendencia impropia de la dignidad judía; pero, sin embargo, nada le preguntaron ni dijeron, porque ellos sabían, dice un Padre de la Iglesia, guardar su condición de discípulos, y respetaban y temían á su Maestro.

Á su vez la Samaritana, después de dejar allí la vasija que había llevado para coger agua, se había vuelto á la ciudad y estaba publicando y anunciando todo lo que había visto: «*Venid, decía, y veréis un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho en toda mi vida. ¿Acaso no será él el Cristo?*» ¡Ejemplo admirable del trabajo é influencia de Dios en los corazones! La conversión de esa mujer pecadora puede decirse que es

casi instantánea, y, sin embargo, sus pasos, grados y detalles son notados perfectamente. Pasa ella de una indiferencia burlesca al digno respeto, del respeto al deseo de los bienes que se la prometen, aunque no los conoce; confiesa á Jesús como profeta, y al mismo tiempo le declara sus pecados; pide ser enseñada, y oye con docilidad; y al momento que recibe la luz, corre y se afana por extenderla y publicarla. Dejando junto al pozo su vasija, como los pescadores habían dejado sus redes, ella desempeña las funciones de un evangelista, publicando, para gloria y honor de Aquel que la había iluminado y enseñado, las palabras que habían servido para humillarla; y no se ruboriza de someterse á esa prueba, porque el alma, una vez que se enciende en el fuego del amor divino, obra y se conduce sin mirar á nada de las cosas de la tierra, ni á la gloria ó al honor que del mundo puede venirle, y solamente atiende y se enamora de la hermosura del amor y del calor del fuego que la da vida, según se expresa San Juan Crisóstomo. Ella dejó su vasija, dice San Agustín, y esa vasija no representa otra cosa que el amor del mundo y la concupiscencia con que los hombres corren á beber y saciarse de placeres terrestres en las tenebrosas profundidades del vicio.

En tanto que la Samaritana se ocupaba con laudable solitud en publicar y dar á conocer los dones de Dios, los discípulos invitaron á Jesús y le instaron á que comiera, y Jesús les contestó que tenía para comer otra comida muy diferente de la

que ellos le presentaban, lo cual les hizo sospechar de si alguno se la habría buscado durante la ausencia de ellos, porque Jesús acostumbraba no rehusar el alimento de manos extrañas, no sólo por no poseer nada, sino también para que los que se le daban tuviesen el mérito de esa buena obra, y para que sus discípulos aprendiesen así á honrar la pobreza; mas todavía llevó Él más adelante su enseñanza, añadiendo: «*Mi comida consiste en cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado y de perfeccionar su obra.*»

Acabar la obra de Dios es trabajar por realizar los designios que Él se había propuesto al concebirla. Parece á primera vista que antes no sería perfecta su obra si necesitaba ser perfeccionada por Cristo, y á esto responde Orígenes diciendo *que la perfección de la criatura racional es la perfección de toda la naturaleza*; y precisamente por realizar la primera, que después del pecado quedó incompleta, es por lo que el Verbo tomó carne humana. El hombre era una criatura perfecta en su género; pero la transgresión de la Ley le hizo caer de aquella perfección primitiva, y entonces fué enviado el Redentor, primeramente para cumplir la voluntad de su eterno Padre, y en segundo lugar para perfeccionar la obra deteriorada, no solamente restableciendo al hombre en su primitivo estado, sino también elevándole á la perfección, que consiste en el verdadero conocimiento y amor de Dios. Puede decirse, además, que Jesús completaba de dos maneras la obra de su Padre: una en

su misma humanidad, presentándonos en ella la naturaleza humana exenta de pecado y corrupción y digna de las complacencias divinas, y la otra en la Ley, porque Jesucristo es el fin de la misma, y Él ejecutó y desenvolvió todo lo que en ella se contenía, y elevó al mismo tiempo el mundo entero del culto de la materia y de la criatura al culto del espíritu y adoración del Creador.

Esa fué la lección que Jesús quiso dar á los discípulos cuando les dijo que ellos recogerían lo que otros habían sembrado, y que esta cosecha, que sería abundante en frutos para la vida eterna, llenaría de gozo á los que habían puesto los primeros trabajos, cuales eran los Profetas; y al mismo tiempo les mostraba el cumplimiento de la Ley y les hacía ver que la obra de la salvación era la misma obra de Dios intentada desde el principio de los tiempos. Los discípulos no entendían todavía lo que Jesús les decía, pero no lo olvidaban, y á su vez, aunque segasen, debían también sembrar, porque el misionero de Cristo ejerce al mismo tiempo las funciones de recoger y de sembrar, y pone simultáneamente el doble trabajo de profeta y de apóstol. Además, como la Iglesia es una misma en el transcurso de los tiempos, al revés de lo que sucede en el mundo, pasa en ella que aquel que recoge á manos llenas es la recompensa y la alegría del que ha sembrado en el dolor y en la esterilidad, y que ni aún siquiera tuvo el consuelo de ver nacida y verde la semilla en el surco.

La Samaritana había dicho á sus conciudadanos: «*Venid á ver; ¿no será ese hombre quizá el Cristo?*» Y al eco de esas palabras, un gran número de ellos se apresuraron, salieron de la ciudad, llegaron hasta donde estaba Jesús, y al verle le suplicaron que se dignase permanecer entre ellos. Accedió Jesús á sus deseos, y estuvo dos días entre los samaritanos, de los cuales muchos más que antes de haberle oído hablar se resolvieron después á creer en Él, y decían á la mujer pecadora: «*No creemos ya por solo tu testimonio, sino que nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que Él es en verdad el Salvador del mundo.*» Ellos afirman lo que no se les ha presentado más que como dudoso, y, aunque á la sazón no habían visto milagros, se convierten á la verdad por sola la eficacia de la palabra; y de la misma manera que salieron de su ciudad para oír la palabra de Jesús, así también luégo que la recibieron sinceramente abandonaron toda otra doctrina que la fuera contraria. Conforme observa Orígenes, el Evangelio tiene cuidado de hacer notar que los samaritanos rogaron á Jesús, no sólo de ir á su ciudad, sino también de permanecer entre ellos, lo que da á entender que el Hijo de Dios tiene voluntad de vivir en compañía de los que le piden y suplican esa gracia, sobre todo cuando para pedírsela salen de su ciudad, que es el mundo y los placeres de la tierra, y se despojan de sí mismos para venir y entregarse incondicionalmente á Él.

La historia de la Samaritana señala el advenimiento y el ca-

rácter de la religión definitiva y nos hace ver por nuestros propios ojos la forma y el milagro de la predicación de Jesús. Todo tiene en ésta el carácter sencillo de las cosas más ordinarias de la vida, y todo es en ella divino; parece que todo sea un puro efecto de la suerte, y cuanto más se mira, mayor es la eterna profundidad que se encuentra en su preparación, en su realización y en las consecuencias que durarán y se perpetuarán para siempre hasta la consumación de los siglos.

Conviene observar que esta visita á Samaria era un acto público que podía comprometer de antemano á Jesús para con los judíos, si no hubiera buscado en ella, como ímpamente quiere suponerse, otros fines que la popularidad. La aversión que había entre los judíos para con los samaritanos era universal, y eso hacía que la opinión pública fuese aún más temible que las prohibiciones legales. Los judíos llamaban la ciudad de Siquem, en donde Jesús se detuvo, con el nombre de *Sichar*, que significa *borrachera*; y, á pesar de eso, Él no tuvo para nada en cuenta esas prevenciones, porque jamás, con su inmensa condescendencia hacia las miserias humanas, intentó lisonjear ni adular el error, lo que constituye una nueva prueba de su divinidad.

ENFERMEDADES CURADAS, LA TEMPESTAD CALMADA
Y LOS DEMONIOS VENCIDOS

De una manera muy ligera había pasado Jesús por el territorio de Samaria, y por entonces Herodes Antipas, rey de Judea, acababa de llevar á la cárcel á Juan Bautista, quien, por la energía de su predicación, que atraía multitud de gente á oírle, causaba odio y furor á los fariseos. Herodes, sin embargo, le respetaba y le hubiera dejado voluntariamente predicar la penitencia; pero el Precursor, además de la penitencia, reprendía á Herodes por su conducta, y esa fué la causa que impulsó á ese rey á la persecución. Este tirano príncipe se había casado con Herodiades, cuñada suya, sin embargo de que el varón de Dios le había dicho que no le era lícito vivir con la mujer de su hermano. Juan fué el primero que tuvo la gloria de pronunciar estas palabras: *Non licet*, las cuales nuestra Madre la Iglesia se ha visto obligada á repetir frecuentemente, arriesgando, como el Bautista, su libertad civil, su independencia, y pagando con su sangre el valor de pronunciarlas. Los príncipes exigen de la Iglesia que enseñe el respeto á las leyes; pero cuando ella les niega el derecho de infringirlas, la acusan de sediciosa y la oprimen con cadenas. El Evangelio es un cuadro magnífico y completo de toda la historia de la humanidad.

Á los ojos de los fariseos, Jesús era ya culpable de los crí-